

UNIMET 17 febrero 2004

Cátedra Arturo Uslar Pietri

### **La crisis política actual**

por José Rodríguez Iturbe

Agradezco la invitación de Mauricio García Araujo, en nombre de la Cátedra Uslar Pietri, de esta Universidad Metropolitana, para hablar ante Uds.

Intentar desde la Academia un esfuerzo de racionalización de la crisis política actual dista mucho de ser una tarea fácil. Porque lo propio del ámbito universitario es el planteamiento racional, el despliegue de los análisis lógicos que permiten, en la búsqueda de la verdad, el conocimiento cierto de las cosas por sus causas, según la clásica definición aristotélica de ciencia. Y, a mi entender, lo que estamos viviendo políticamente en nuestro país es un alarde de irracionalismo.

Tal como lo veo, el proceso venezolano, desde el 92 a estas fechas, se caracteriza fundamentalmente por la manipulación política de lo instintivo y pasional para la obtención y mantenimiento del poder. Se me dirá que, p.e., tanto Maquiavelo como Hobbes construyeron sus respectivas concepciones de la política en base a lo instintivo y pasional y no en base a la racionalidad. Como cada quien escoge sus referencias, diré sin ambages que ni El Príncipe ni El Leviathán constituyen, en mi personal apreciación, paradigmas de análisis y mucho menos presupuestos de acción. Y que, por el contrario, en Platón, Aristóteles, Cicerón, Agustín de Hipona y Tomás de Aquino, si a autores clásicos vamos, es donde pueden y deben hallarse las fuentes nutrientes de una óptima concepción de la persona y de la sociedad, del ciudadano con *sindéresis* y de la comunidad con soporte ético, vale decir, propiamente humana.

Dicho esto, vayamos al grano. Deberé ser breve, casi enunciativo. Esta visión pretende, sobre todo, más que dar respuestas, incitar a la reflexión crítica, provocar un esfuerzo de racionalidad para extraer consecuencias prácticas, orientaciones para la acción. Cuando la conciencia de un país se narcotiza por la irracionalidad hecha poder siempre existe el riesgo de las reacciones pendulares, aquellas que pretenden sepultar la irracionalidad de un signo con la irracionalidad del signo opuesto.

Churchill, en referencia a Hitler, decía que cuando un gobierno se transforma en delincuente hay que hacer algo. Frente al ejercicio perverso del poder, que hoy sufre Venezuela, hay que plantear la disidencia. La crítica del poder es condición de toda crítica. Esa es, hoy más que nunca, la función de los intelectuales. A pesar de lo deprimente del momento y de los

análisis periódicos de algunos que quieren estar siempre más allá del bien y del mal; que, desde su olimpo, no se comprometen con nada y se consideran los jueces sagaces de todo y de todos; que lucen como poseídos por un narcisismo de medio pelo; que condenan en la oposición cuanto de valeroso ha habido en ella a lo largo de estos seis años (desde la campaña electoral de 1998 hasta este febrero del 2004); a pesar de ello, digo, por respeto a la dignidad del pensamiento, tenemos que seguir, a pesar de nuestras deficiencias, intentando la crítica y darle cauce de historia.

Me parece que esta cita académica debe servir en algo a la toma de conciencia de nuestros problemas, como un paso necesario para salir de ellos. En mi opinión, resulta estéril desviar la atención y perder el tiempo discutiendo con quienes se encaraman de hipótesis en hipótesis y se precipitan, seguidamente, de absurdos en absurdos; con quienes plantean, como condiciones previas y necesarias de cualquier consideración, según su óptica valedera, descifrar enigmas indescifrables. No es este el momento para un diálogo de sordos con los barroquismos atormentados de quienes están vitalmente comprometidos con el culto a la propia personalidad y terminan (aunque no sea su intención) haciendo el juego al poder que es necesario criticar.

### **En el principio fue la rabia**

Todo esto comenzó, me parece, con la rabia como motor de la historia. No fue con el slogan leninista de la violencia es la partera de la historia. Fue la rabia la que llevó al voto castigo. Fue una rabia extendida, ilusionada e ingenua; la que premió a los autores de la felonía del 4F del 92 con el poder. Así, los electores creyeron, muy bien preparados por una campaña de ciertos medios durante más de una década, que la satanizada política y los satanizados políticos (¿quién no recuerda, a modo de ejemplo, Por estas calles... de Ibsen Martínez?) tendrían su merecido. A su vez, la política clientelar durante dos décadas, aportó (y no poco) a la anemia y desprestigio de los partidos, instituciones básicas del sistema político venezolano desde 1958.

Así, por la búsqueda de chivos expiatorios, en medio de la política espectáculo, se terminó por ungir como emperador republicano a quien irrespetó siempre el orden constitucional. (Lo irrespetó, al menos desde el 82, con el juramento ante el samán marchito; el 92 con la aventura golpista y con su rendición; el 99 con su evasión retórica a la obligación de jurar obediencia a la Constitución de 1961).

La rabia pensó que sólo el estamento político era culpable de los malestares del venezolano. Faltó coraje para reconocer que ese estamento político era expresión de una sociedad no sana. Faltó coraje para decir Fuenteovejuna, Señor. Faltó coraje (también entre la mayoría de los políticos)

para decir que la rabia era un mal faro y que el intento de hacer tabla rasa con la clase política solo podía beneficiar a los lobos con piel de oveja, a quienes predicaban (y predicán) el antipoliticismo para poder hacer su política, imponiéndola como única vía, como cercenación del pluralismo y la tolerancia, como enyesamiento indeseable del imaginario y de la conciencia colectiva. Los resultados están a la vista. No se corrigió lo malo, se arrasó con lo bueno y se incineró lo que quedaba de una sociedad política que, en el caso venezolano, había sido la lenta incubadora de una (todavía hoy) poco vertebrada sociedad civil.

A pesar de todo, en la actualidad, me parece, la sociedad civil es más multiforme y dinámica que una no renovada sociedad política. Pero, no nos engañemos: su espontaneísmo no es garantía de eficacia en el marco de la confrontación en marcha; y su necesaria organización y proyección eficaz resulta difícil en un horizonte donde predominan el individualismo y el primadonnismo, elementos tumorales de toda presencia seria en los espacios públicos. La sociedad política, por su parte, sigue dando la impresión de estar confiscada por algunos que lucen aquejados de aquel que se ha visto, en la mentalidad republicana, (con el perdón de sus Majestades hispánicas), como el invencible mal de los Borbones (ni olvidan, ni aprenden).

### **Voto castigo interpretado como mandato revolucionario**

Una cosa piensa el burro y otra quien lo enjalma. Así reza el refrán. La rabia ciudadana quería sólo castigar. Pero el burro enjalma tenía una confusa obsesión revolucionaria. Confusión que iba desde una visión semiletrada del mundo del pensamiento político y de la herencia institucional de Occidente que nos llegó, guste o no, por vía de España, la Madre Patria, hasta una variación del sentido del lenguaje y de las coordenadas de pensamiento.

Revolución, por ejemplo, se interpretó como demolición. Y se procedió (y se prosigue), con entusiasmo digno de mejor causa, por parte de los elegidos por la rabia, a demoler cualquier rastro institucional de la vida republicana.

Muchos, pensando con cortedad, dieron el garrote al ciego. La antigua Corte Suprema de Justicia dio la apariencia legal que necesitaba el invidente de la ciencia jurídica y administrativa en su frenesí demoledor, quien sin haber leído nunca a Shakespeare (La tempestad) pensaba (y piensa) que todo pasado es prólogo. Después de defenestrada con una mueca críptica la defensa de la Constitución del 61 (ponencia de Humberto J. La Roche), la vieja Corte procedió a suicidarse (Cecilia Sosa dixit). Lo demás ya se conoce. El proceso constituyente y el nuevo Tribunal Supremo. Allí, en el TSJ, el Delgado ocardismo, que sigue haciendo de las suyas, ha resultado como la enfermedad senil del izquierdismo, para parodiar la retórica de un Lenin, quien quizá habría sonreído mefistofélicamente si hubiera tenido ocasión de ver de cerca las chapucerías de algunos que se dicen seguidores suyos. ¿Cómo hacer ver a

quien no quiere ver que la pedante y omnicomprendiva claridad del leninismo sólo ha dejado como herencia histórica pavorosas ruinas humanas?

Con seis "Reformas" del Reglamento Interior y de Debates, según el menú de las necesidades del oficialismo, (grotesco estilo Jalisco que no tiene precedente en la historia parlamentaria de Venezuela), la unicameral Asamblea Nacional (teórica heredera del Congreso bicameral) está garantizando la Eliminación de facto del Parlamento plural que tipifica a toda verdadera democracia y completando el camouflage "legal" para el asalto a otras instituciones.

La reforma del Reglamento de la AN es necesaria, p. e., para imponer, a como de lugar, con la "razón" de la fuerza, la reforma por voto simple de la Ley Orgánica del Tribunal Supremo de Justicia: se trata de aumentar el número de Magistrados para manejar, según el querer del César, con mayor seguridad y menor costo, la máxima instancia judicial del país. Y, por supuesto, el control económico: la ofensiva contra el BCV tiene como último objetivo el control total de la banca nacional; es decir, el monopolio de la capacidad crediticia

en manos gubernamentales. Como se hizo en Cuba desde el nombramiento del Ché Guevara en el Banco Nacional de ese sufrido país que lleva soportando a Fidel Castro casi medio siglo. Si faltaba algo, es perceptible el intento de lograr la definitiva sumisión a los criterios demolicionistas revolucionarios de lo que aún quede de institucional en el seno de las Fuerzas Armadas. La meta parece ser, pues, que luego de este año 2004 sólo quede en Venezuela el polvo del Estado, sus cenizas.

El último Congreso de la República (el elegido en 1998, el que presencié la entrega del poder de Caldera a Chávez, el que no reaccionó frente al salvoconducto que daba la Corte que moría para brincarse con garrocha el art. 250 de la Constitución del 61, el que no dijo nada ante el no juramento de Chávez a esa misma Constitución, en 1999) fue, evidentemente, incapaz de hacer respetar la Constitución de 1961, que había jurado cumplir y hacer cumplir.

Junto con ese mini Congreso (mini en duración y en estatura histórica) murió la que, hasta el presente, ha sido la Constitución de más larga vida de nuestra accidentada vida republicana, y que, a pesar de sus defectos, resultó un texto sabio, producto de un verdadero consenso nacional después del derrocamiento de la dictadura de Pérez Jiménez.

### **"Revolución" como emergencia trágica del Lumpenmilitariat**

Todavía, entonces, en el gozne de siglos y milenios, mientras la antigua Corte y el mini Congreso estaban #8213; por acción o por omisión #8213; desbrozando el sendero a la monstruosidad jurídica y política que nos abrumba,

para algunos poderes económicos y mediáticos, los damnificados eran otros. Todavía esperaban una cuota de poder o alguna recompensa por su apoyo electoral. Todavía pensaban que era cuestión de aguardar pacientemente que el gozo del imperium diera madurez y dimensión de realidad a unos inexpertos troperos y a algunos fracasados de los 60 que llegaban tarde al tranvía de la historia. ¡Si hasta el no ingenuo John Maisto, el Embajador norteamericano de Clinton, pedía atender a los hechos y no a las palabras de los nuevos gobernantes! Todo en el inicio, después de la rabia y los cálculos, eran sonrisas y zalamerías con el poder que se estrenaba. La Real politik, para algunos, exigía olvidarse de principios y moralismos; pensando que este gobierno era uno más, el cual, sin duda, se hipnotizaría con una sonrisa vagamente prometedora; como había pasado con los políticos emblemáticos de los gobiernos anteriores. Y sonrieron, pero fue la suya como la sonrisa de los tontos de pueblo, llamando la atención a cualquiera que pase a su lado. Pensaron que el tonto era el ungido y el ungido los hizo quedar como tontos.

En la demencialidad de la coyuntura se intentó (y se intenta) algo que, en puridad, no tiene precedente: invertir las relaciones del mundo civil y del mundo militar en la administración del Estado. Gómez gobernó con lo más granado de la intelectualidad civil positivista, a cuyos integrantes encargó (dentro de su terrible mandato) poner las bases mínimas del Estado moderno. Sobre la "paz" gomera y sobre esas bases acometió después, exitosamente, López Contreras el inicio de la modernización del Estado venezolano, iniciando un post-gomecismo que, en mi visión, se extiende hasta 1958. Pero Gómez, y también, después de él, López y Medina, mantuvieron a los militares fuera de la gestión política.

Pérez Jiménez, por su parte, aunque fue producto de un golpe de Estado en el cual de manera formal y explícita, por primera vez en la historia inconstitucional de Venezuela, las Fuerzas Armadas, como institución, asumieron la responsabilidad de la conducción de la República, no usó la administración pública como botín prioritariamente reservado al estamento castrense. La transformación del medio físico proclamada (y, en buena medida, realizada) en la infraestructura material de Venezuela por el llamado Nuevo Ideal Nacional (la tecnocracia desideologizada, teorizada por Laureano Vallenilla Lanz, hijo, desde su columna R.H., en las páginas de El Heraldo) fue técnicamente llevada a cabo por civiles, no por militares. En la actualidad, el panorama es distinto. Más allá de las migajas burocráticas (no tan migajas, en verdad) que engullen con voracidad los otrora famélicos líderes del PPT, hoy acontece lo contrario. Se contempla cómo la alta burocracia estatal está plagada como nunca de militares, como si, a los ojos de quienes gobiernan, la condición castrense facultara, por sí misma, para cualquier desempeño en cualquier campo de la vida nacional. Los resultados están a la vista. Y son tan desastrosos porque se ha buscado, para este militarismo sui generis y a todas luces anacrónico e incompetente, a aquel que, con toda precisión analógica con el Lumpenproletariat de Marx, puede ser llamado

Lumpenmilitariat. Quizá por ello la institución más afectada en la perseverante demolición institucional que el gobierno de Chávez realiza sea, en la actualidad, la institución militar.

Grave problema, sin embargo, para el supuestamente hábil manejador del Lumpenmilitariat. Éste (el Lumpenmilitariat) no tiene otro compromiso que con su propio bienestar y acomodo. No hay en él lealtad a lo que antaño los caudillos y sus pretorianos llamaron la Causa; es decir, lo que ahora, por vergüenza semántica, algunos de los que tuvieron formación marxista auténtica y aún pululan como rara avis en el PPT califican como el Proceso. Bambalinas de zarzuela. En el fondo, el culto a la Revolución queda como una alcabala, desagradable pero necesaria, para obtener honores, distinciones y recompensas.

Prebendas, éstas últimas, que el Lumpenmilitariat valora grandemente, aunque la opinión pública las considere más falsas que Judas. Si el Lumpenmilitariat sólo es fiel a sí mismo, el supuestamente hábil manejador no puede estar cómodo: es peor tener al enemigo contigo que frente a ti. El manejador se siente orgulloso de la red que teje la araña negra del fanatismo... pero no está seguro de tener en esas redes al Lumpenmilitariat.

No me parece exagerar si digo que, de los responsables de la actual crisis política, el Lumpenmilitariat es más responsable que cualquier otro sector humano de la abrumadora invasión de fealdad y miseria, material y moral, que se abate sobre la sociedad venezolana, particularmente en los grandes núcleos urbanos como Caracas. El afán de lograr un Estado forajido requiere una sociedad que se parezca a él.

### **La política como guerra**

Esa es la constante de los libros y artículos de Alberto Garrido sobre Chávez y el chavismo. A veces me luce casi como un determinismo. Pero algo tiene de realidad. La concepción palurda y cacasena (según la mayoría de sus exponentes, en nuestro caso) de que la política es guerra, resultó la propia del primitivismo rural de la Venezuela campesina.

No era, no, una especie de concepción von Clausewitz al revés. Nadie (que yo sepa) de nuestro escasamente alfabeto universo de caudillos enanos (los cuales figuran en la historia como dotados habitualmente con una crueldad y cerrazón mental directamente proporcional a su enanismo), nadie, repito, manifestó jamás un conocimiento, siquiera epidérmico, de las teorizaciones del prusiano sobre la guerra. Ese fue, sí, en el pasado venezolano, el reduccionismo enfermo de la política a la fuerza, en un país devastado por el incendio bélico (nunca totalmente extinguido) de 1810 a 1903. Fue el drama sin grandeza de nuestro siglo XIX post independentista, a partir de la "bolivariana" Revolución de las Reformas contra José María Vargas #8213; el albacea testamentario

del Libertador, el Rector de la Universidad de Caracas, la "casa que vence las sombras" #8213; en 1835; hasta el inicio del siglo XX, con la Liberal Restauradora, que trajo la hegemonía de los mandamases andinos.

Chávez, influenciado inicialmente por un singular personaje llamado Norberto Ceresole (q.e.p.d.) y guiado por ese supuesto corán revolucionario llamado El oráculo del guerrero (hasta que Pablo Medina, ya en vías de ruptura con el poder, dijo públicamente que era un texto con un desagradable tufillo homosexual), no procuraba (ni procura) la incorporación de ninguna región preterida, ni tampoco de aquellos sobre los cuales teorizó Franz Fanon, les damnés de la terre, los condenados de la tierra. Bajo el slogan de la unión del ejército y el pueblo se esconde, en cruda realidad, la neutralización de las fuerzas armadas dándoles, para su entretenimiento y desnaturalización, las baratijas de las más disímiles tareas no castrenses.

En Chávez y el chavismo se da, pues, según la percepción de Garrido, la identidad entre la política y la guerra. Ello, evidentemente, no resulta un dato positivo. ¿Cuál fue, históricamente hablando, el producto de la identidad perversa entre guerra y política? Sus tristes resultados no son un secreto. Entre otros desaguisados, merecen mencionarse la anemia institucional de la República y el agotamiento (casi al límite) de un civilismo carente de las fuertes raíces de una extendida conciencia de ciudadanía. Anemia y agotamiento, éstos, que permitieron aquél unión, paz y trabajo de la Causa: la unión (en los grillos), la paz (de los sepulcros), y el trabajo (en las carreteras) en el largo absolutismo tártaro de Gómez. El tiempo gomero (además de otras endemias y horrores) supuso 27 años de alergia provocada a la política de ideas.

Alergia provocada, desde un poder omnímodo y excluyente: gobierno personalista y de fuerza que sólo entendía a sus adversarios como "los malos hijos de la Patria"; y, en consecuencia, no podía concebir para ellos otra situación que su silencio, generado por el destierro, la prisión o la muerte. Algo semejante pretende Chávez.

La crisis política actual tiene, sin duda, a pesar de los rasgos que la tipifican, mucho de un salto atrás concebido como brinco al futuro. De saltos conocidos está llena la historia trágica contemporánea. Cabrera Infante, refiriéndose a Fidel Castro, escribió en una ocasión: "Por obra de una extraña cabriola hegeliana dio un salto hacia adelante y cayó hacia atrás". El factor principal de esta crisis, que manifiesta, desde hace casi tres años, sentimientos filiales hacia Fidel, parece ignorar tan paladina realidad cuando, después de su voluntario pupilaje con Ceresole, se arrojó en los brazos paternales de aquel a quien Betancourt, con su verbo de combate, llamara el Barbazas.

Mao-Ze-Dong, el Gran Timonel, intentó en la China revolucionaria aquel que denominó el Gran Salto Adelante. El Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural fueron grandes errores de Mao. Está así reconocido en la

versión actual de la Historia oficial del Partido Comunista Chino. Deng-Siao-Ping, el Pequeño Timonel, se empeñó (a pesar de incidentes tan sangrientos y luctuosos como los de la represión de los jóvenes de la Plaza Tien-An-Men, la Plaza de la Paz Celestial) en recoser los inmensos desgarrones del Gran Salto Adelante y de la Revolución Cultural.

Chávez parece ignorar, en su lucha a brazo partido contra la evidente realidad, tanto la verdad del caso cubano como del caso chino. Lo que tenemos de Cuba está en lo que vemos. Y más aún en lo que no vemos. Lo que tenemos aquí en Venezuela de China no es la transformación del Pequeño Timonel y sus seguidores, sino los fracasos proclamados como éxitos por el Mao prepotente y sectario del Gran Salto Adelante y de la Revolución Cultural.

### **La intelligentsia y el imaginario colectivista**

Hemos visto, en estos cinco años ya largos, sin toda la capacidad de respuesta que hubiera sido necesaria, la prostitución de nuestra memoria histórica. Desde las estupideces sobre Cristóbal Colón y un supuesto irredentismo indígena ajeno a nuestra realidad; hasta la exaltación de lo menos perdurable de la Federación, contemplando espejismos, con miopía fingida, suponiendo socialismos agrarios en el acratismo y en el descoyuntamiento del sentido de comunidad nacional que produjo la barbarie anárquica. Esa barbarie anárquica generó tal anemia ciudadana que permitió que se consolidara, cruzada la curva de la mitad del siglo XIX, por tres décadas, la egolatría deshonestista de Guzmán Blanco.

Éste se concentró en el ejercicio del poder central y en el disfrute de una inmensa riqueza amasada con dolo, en perjuicio de la sociedad cuyo control poseía.

Gobernó Antonio Guzmán, hijo, desde Caracas o desde París (instalado en el Raphael, del XVIème arrondissement, al cual quiso llegar Chávez, pues aún existe, hasta que se enteró que allí lo esperaba un cacerolazo). Cuando Guzmán, en el epílogo del Guzmancismo sin Guzmán (para usar la terminología de Mijares) se dio cuenta que el Gran Partido Liberal Amarillo ya no respondía a sus caprichos sino a los intereses de los caudillos segundones (es decir, que lo que parecía impensable se había dado: que quien mandaba de verdad en estos predios era Joaquín Crespo) exclamó, más con cansancio y desprecio que con ira, en su casona de Antímano: Vámonos, que las gallinas están cantando como gallos. Y se fue.

¿Adónde podía retirarse un hombre como Guzmán Blanco, que se jactaba de ser el hispanoamericano más rico de su tiempo, un marginado por exceso (para usar la terminología de Calvani)?

-Pues a París, por supuesto. Una de sus hijas resultó la consorte del Duquesito

de Morny. La aventajada plutocracia post federal criolla unió su sangre, su fortuna y sus destinos con la aristocracia del II Imperio francés. Allí, en París, murió, en 1899, Guzmán Blanco, mientras por estos predios, entonces más semi bárbaros que lo que son ahora, una bala indocumentada acabó antes, en 1898, con la vida de Crespo en la Mata Carmelera. Así finalizó el agitado siglo XIX venezolano.

Chávez llevó a Guzmán al Panteón. El orador que hizo su panegírico, el historiador de filiación comunista Federico Brito Figueroa, no pudo menos de reconocer que había sido uno de los gobernantes más deshonestos de la historia republicana. ¿Se irá Chávez igual que Guzmán? ¿Adónde irá Chávez? Me parece que ni él, en realidad, lo sabe.

### **Corsi e ricorsi que diría Vico.**

Cuando Chávez desaparezca, desaparecerá el chavismo. Cuando Guzmán se fue de verdad y mataron a Crespo se acabó el Guzmancismo sin Guzmán. Y entonces vinieron los andinos. Los Sesenta fue la aventura iniciada en la frontera occidental, en el Táchira. Desde allí arrancaron los compadres, Castro y Gómez, para imponer (con Gómez) la paz forzada y hacer del siglo XX un siglo andino en la historia de Venezuela.

Al comienzo fue el delirio, la verborrea nacionalista y la adulación sin límites al Cabito por parte de algunas Logias y de la oligarquía valenciana y caraqueña.

Historia de opereta. Ayuna de grandeza. Mezcla continuada de cuadros risibles y dolorosos. Miseria moral y material. Cadena tragicómica. Siempre por la tangente del caudillismo o de las roscas nauseabundas de intereses de grupo, económicos y políticos. La patria como ficción. La República como aquella amarga carcajada de la que hablara la pluma cebada en el dolor de Pocaterra. El terremoto de comienzos de siglo XX y Castro saltando con un paraguas por un balcón de la Casa Amarilla, terminando, como es lógico, desmayado por el golpe. Muy bolivariano, despertó lanzando un discurso a la asombrada guardia que acudió en su auxilio con aquello de si la naturaleza se opone lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca, y otras sandeces propias del histrionismo del Cabito.

Las secuelas fueron más prosaicas: una pierna rota y el abandono del antiguo y céntrico palacio de los Capitanes Generales y luego (hasta él) de los Presidentes de la República, buscando en la mansión crespetera de Misia Jacinta, Miraflores, un lugar antisísmico más seguro. El Bloqueo de 1902 y la arenga (dicen que fue escrita por Landaeta Rosales o González Guinán) que todos conocen (al menos en mi tiempo de bachillerato todos conocían) por sus primeras palabras: "La planta insolente del extranjero ha hollado el sagrado suelo de la Patria".

¿Intenta Chávez con su aislacionismo internacional o con actuaciones como la de la Cumbre de Monterrey imitar a Cipriano Castro? Con el absurdo ataque a Bush el día de hoy responsabilizándolo por la Masacre de Miraflores (por los muertos de Puente Llaguno; ¿será, acaso, que Richard Peñalver y cia., en vez de héroes chavistas, resultan ahora agentes de la CIA?)

¿Pretende romper relaciones con los Estados Unidos? Porque si Bush tiene las manos manchadas de sangre venezolana, después de tal ataque y de llamar mentiroso a Peter Dshazo, Subsecretario de Estado para Asuntos del Hemisferio Occidental, la consecuencia lógica sería la ruptura de relaciones. Pero #8213; ya lo sabemos #8213; las incidencias de esta Ínsula Barataria no resultan muy lógicas. ¿Aspira con tales desplantes a un aislamiento, estilo Fidel Castro, que lo separe de la Comunidad Hemisférica? ¿Piensa que dragoneando neutralizará la observación de la OEA y el Centro Carter en el CNE? Por sus declaraciones y las de José Vicente Rangel, diera la impresión que ese es el camino escogido.

Chávez quiere que su epílogo sea apocalíptico. Quiera Dios que no lo logre. Un día de guerra civil son cien años de odio. Nuestra última guerra civil fue la llamada Revolución Libertadora de Manuel Antonio Matos (el principal banquero del país, emparentado con Guzmán). En el papel, la insurgencia no podía perder: agrupaba contra Castro a los más destacados caudillos de la historia con olor a pólvora de nuestro siglo XIX. Pero perdió. Fue una guerra horrorosa: la última con batallas de verdad y casi 40.000 muertos, según las cifras de Arellano Moreno en su Mirador de Historia Política Venezolana. El encuentro más prolongado y sangriento (22 días y cerca de 4.500 bajas, en una lucha casa por casa) fue la Batalla de La Victoria. Según referencias aportadas por Manuel Caballero en Gómez, el tirano liberal, los observadores militares norteamericanos de la Batalla de Ciudad Bolívar (22 de julio de 1903) estimaron en 1.200 los fallecidos en la acción que constituyó la derrota definitiva de los revolucionarios y el reconocimiento de las cualidades de combatiente de un comerciante y hacendado fronterizo trocado en "General" de montoneras, Juan Vicente Gómez. Según sus propios cálculos, Chávez no puede perder, pero... ¡nunca se sabe! Los vivos, en el alarde de su propia viveza, suelen terminar por dejar de ser inteligentes.

Los excesos de Castro minaron su salud. Y la salud minada abrió el paso a la operación quirúrgica y a la recomendación de su tratamiento en el exterior.

La historia es conocida. Castro dejó a su compadre encargado del poder. A un mes de su partida ya Castro no era más Presidente. Sic transit gloria mundi. A Gómez le llevaron el telegrama donde el delirante caudillo (respondiendo quién sabe a qué informe o intriga) recordaba desde afuera: "A la culebra se la mata por la cabeza". Ahora interceptan los teléfonos; antes lo hacían con los telegramas. La operación interna fue política. Sin un tiro. Rodearon inicialmente a Gómez los políticos de Caracas y Valencia que pensaban que un

hombre primitivo y de muy escasas letras sería presa fácil de la casi ilimitada capacidad de maniobra que el sector que deseaba unir el poder político y el económico se atribuía maquiavélicamente a sí mismo. Gómez los dejó hacer zamarramente. Luego los eliminó, política o físicamente (y, en algunos casos, política y físicamente). Por 27 años seguidos, desde 1908 hasta su muerte natural en diciembre de 1935, fue, para decirlo con la consigna urdida por la adulación de Ezequiel Vivas, ¡Gómez único!

### **¿Logrará Chávez emular a Gómez?**

No parece. Hasta ahora, en analogía de proporcionalidad impropia, lo más que se ha visto como distintivo del actual desastre fue el título del lujoso ejemplar que se distribuyó en Caracas a los asistentes a la Cumbre de la OPEP. (Se atribuyó la autoría al General Jacinto Pérez Arcay). El título del volumen reza, presentando los documentos básicos de la revolución bolivariana (¿?) : Por ahora... y para siempre!

Chávez llevó también a Cipriano Castro al Panteón. Elías Pino Iturrieta escribió sobre la legítima duda que asalta sobre si quienes allí lo llevaron como "prócer" sabían lo que hacían. Luego de la discutible presencia de Guzmán Blanco y del espectáculo circense con el traslado "simbólico" de Guacaipuro (una especie de vodevil donde actuaron un plumífero "indígena" gringo y otros danzantes), con la parafernalia de Castro queda claro el absoluto irrespeto de la Revolución por el Panteón y quienes allí aguardan, junto con el Libertador, la resurrección de la carne. Allí reposan dos de mis cuartos abuelos: Lino de Clemente (primer Ministro de la Defensa #8213; Secretario de Guerra y Marina #8213; de la historia republicana, signatario del Acta del 19 de abril de 1810, como miembro del Cabildo, y de la Declaración de Independencia del 5 de julio de 1811, como Diputado por Caracas) y José Rafael Revenga (Secretario del Libertador desde 1815, Canciller de la Gran Colombia después de Pedro Gual y Ministro de Hacienda de Venezuela después de 1830). Don Lino estuvo enterrado en la Iglesia de Altagracia, donde yo fui bautizado. Desde Guzmán, la familia se había resistido a su traslado al Panteón, pensando que estaba mejor donde estaba y que la compañía que le pusieran podía no ser del todo grata.

Caminé en 1962, junto con mis parientes, detrás de la cureña que llevaba, al fin, con honores militares, sus restos al Panteón. Quiso la familia que fuese yo quien hablara en el sencillo acto de entrega del Archivo de los Clemente a la Academia Nacional de la Historia. Con el tratamiento chavista al Panteón se pone, de nuevo, en evidencia su absoluto irrespeto a la historia. Para quien no entienda la molestia contenida de estas líneas, remito a la lectura de Los días de Cipriano Castro, de Mariano Picón-Salas.

**Con Gómez los intelectuales sirvieron de escabel a la tiranía personalista.**

Más que un militarismo, en sentido estricto, el gomecismo fue el canto del cisne de nuestro caudillismo rural, cazurro y arbitrario, que exigió para su consolidación la seguridad de un ejército nacional (que comenzó a formarse después de una centuria de belicismo suicida en el desorden interno).

Los "militares" que mandaban no eran propiamente de academia. Eran servidores del poder; y éste no era otro que Juan Vicente Gómez. Era, pues, un poder con nombre y apellido. En su persona se concentraba, se monopolizaba, sin adornos de pluralismo, el ejercicio de la capacidad de decisión. A Gómez no le importaban las ficciones jurídicas sino las realidades prácticas. Las ficciones se las preparaban los intelectuales que se prestaban, por cansancio o por falta de vergüenza, a ser piezas al uso, según el capricho del dictador. Gómez podía estar, formalmente hablando, fuera del ejercicio de la Presidencia. Pero nadie dudaba que quien mandaba era él, y nadie más. Así, cuando salió "en campaña" para combatir una supuesta invasión de sus adversarios, dejó a José Gil Fortoul, a la sazón Presidente del Consejo de Gobierno, como Presidente Encargado de la República. Eso fue en 1913. En 1914 comenzó un espectáculo alucinante: uno de los más pintorescos pasajes de nuestra historia de opereta. Hizo designar a Victorino Márquez Bustillos como Presidente Provisional de la República. Y fue la provisionalidad más larga de la historia. Posiblemente no sólo de la historia de Venezuela. No conozco un fenómeno semejante en ninguna otra latitud. Márquez Bustillos estuvo allí, atento a desempeñar el papel asignado, sin ninguna pretensión de independencia o creatividad personal, desde 1914 hasta 1922.

Y luego un Presidente "elegido constitucionalmente", Juan Bautista Pérez dura escasamente de 1929 a 1931 cuando se le pidió la renuncia (que presentó con rapidez y docilidad) para que Gómez volviera, cumplidos los requisitos jurídicos, al formal desempeño de la primera magistratura hasta su muerte. La sorna caraqueña #8213; aguda, inagotable #8213; decía, en referencia a Miraflores: "Aquí vive el Presidente / y el que manda / vive enfrente".

En realidad, vivía en Maracay.

En la crisis actual estamos viviendo un salto atrás histórico. Y sin demasiada capacidad de reacción intelectual. Es verdad que prácticamente ninguno de los que genéricamente integran lo que podría llamarse hoy la intelligentsia nacional está en las filas de los defensores o adulantes del régimen. Más aún: los pocos que se arrimaron o abordaron, con variadas intenciones a la balandra del ganador, después de las elecciones del 98 (Ernesto Mayz Vallenilla, Jorge Olavarría, Hermann Escarrá, Ricardo Combellas, por mencionar, a modo de ejemplo, sólo a algunos de quienes pensaron, quizá, en llegar a ser el cerebro de un proceso carente de él), hace rato no lanzan alabanzas sino amargas críticas contra quien les deshizo, cuando le convino, su ilusión escapista.

Los historiadores (Manuel Caballero y Elías Pino Iturrieta a la cabeza) y los humoristas (Zapata, Laureano Márquez, Claudio Nazoa, Rayma, entre otros), son demostrativos que la crisis política sirve para encontrar en el presente, desatados, los peores fantasmas de nuestra historia; y que, como desgobierno nacional, la pesadilla actual es veta inagotable para la mejor medicina contra la úlcera: la risa.

Chávez ha tenido como Vicepresidentes, en cuatro años, hasta estos días, a Isaías Rodríguez, Adina Bastidas, Diosdado Cabello y José Vicente Rangel. Ninguno con poder real. Al contrario del verso del tiempo gomero, el que manda vive enfrente. La rotación en Ministerios claves como el de Interior y Justicia y Defensa pone de relieve que la provisionalidad, al revés de cuando Gómez, debe verse en todos los órdenes de la alta burocracia estatal, pero no en la Presidencia. Chávez no es Gómez. Los 40 años de democracia civil, civilista y civilizada, vituperados por él y sus seguidores, a pesar de sus defectos (entre otros, como queda dicho, la anemia letal de los partidos fundamentales del siglo XX y el éxito político de Chávez y el chavismo), permitieron el desarrollo, aún incipiente, de una conciencia ciudadana que, gracias a Dios, no tolera ya un Gómez. Por si faltaran razones, indico una simple y de bulto: porque esta Venezuela del arranque del siglo XXI no es la misma del inicio apesadumbrado de nuestro siglo XX.

Mario Briceño-Iragorry habló, respecto a los más destacados personajes de la generación positivista que nutrieron los cuadros gobernantes del gomecismo, de la traición de los mejores. Su elevada preparación cultural, en un país minado por el paludismo y otras endemias, por la incultura y la pobreza, se usó pro bono suo, en su propio beneficio, pero no en servicio para elevar la humana condición de un pueblo que esperaba. Y esperó largamente, hasta que comenzara, en la sobada expresión de Picón-Salas, el siglo XX en 1936. Hoy, me parece que podría, objetivamente, hablarse de la complicidad de los peores.

Apareció el petróleo, en las primeras décadas del siglo pasado. El General petróleo fue quien realmente realizó la profunda transformación de la Venezuela desde la primera mitad del siglo XX. Se operó el cambio de la República pobre, pobrísima, a la República rica; de la nación campesina a la nación urbana; del país rural al país minero. Del sueño imposible de La Alborada de Rómulo Gallegos, al despuntar la centuria, al sueño rebelde y acariable en su potencialidad modernizadora de la élite universitaria de 1928 (en un país con más de un 70 % de analfabetismo), va toda la elipse que cristaliza en el imaginario colectivo distinto de una generación civil, civilista y civilizada.

### **Saint-Just hablaba de la force de choses.**

Rómulo Betancourt, quizá parodiándolo, hablaba de la terquedad de los hechos. No puede evadirse, con un simple alarde de voluntarismo, las fronteras y las

limitaciones de la realidad. Chávez parece no haber entendido hasta ahora eso. Pero si no se entiende eso, la política se convierte en un ejercicio de escapismo. Y si el escapismo logra armarse de la arbitrariedad hecha poder el daño colectivo puede ser de dimensiones bastante grandes. Después del Mensaje ante la Asamblea a inicios del 2004 queda, por ejemplo, poco espacio a la duda sobre si la aniquilación de la empresa petrolera nacional, PDVSA, fue, desde el más alto gobierno, una "política" deliberada.

### **Para la fortaleza del civilismo democrático**

La rabia a los defectos del pasado ha cedido su lugar, ante las evidencias del actual desmadre gubernamental, a la decidida combatividad de las mayorías nacionales, tanto de la sociedad política como de la sociedad civil. La tarea de empezar a labrar el futuro saliendo de este oscuro presente es vista como tarea de todos, como empeño que no admite la deserción ni la cobardía. Desde diciembre de 2001 es, sin posible marcha atrás, un empeño unitario, un esfuerzo continuo.

Con avances y retrocesos, con éxitos y fracasos, con heroísmos y ruindades, con sacrificios sin cuento. Millones de ciudadanos con banderas, canciones y consignas conquistando la calle. Con muertos y perseguidos. Millones de firmas para acabar ésto en paz, una y otra vez. Y, concluido el tiempo de la espera, parece que hemos, como se dice en criollo, llegado al llegadero. Con cifras de desempleo y de pobreza que indican lo mal que el venezolano del comienzo triste del siglo XXI ya está viviendo, con la revolución que es demolición. Y no hay demolición bonita.

Los ciudadanos de a pie piden unidad en la cabeza. Parece que se requiere unidad para dirigir. Para dirigir eficazmente, en medio de un desarrollo de acontecimientos que puede desembocar, en cualquier momento, en un estallido social y político. El gobierno pareciera, con su criminal política económica y social, estar precipitando ese estallido, sin darse cuenta de que Nerón incendió Roma y aunque estuvo cantando ante el incendio, se vio en la cobarde necesidad de inventar luego la culpa de los cristianos para tapar, con los horrores de la persecución, los hechos de su locura delincuente. En medio de esta crisis se hace patente, dentro y fuera del país, la imposibilidad de que quien desgobierna continúe en el mando. Por eso el Referendum Revocatorio (RR), según el art. 72 de la Constitución de 1999, que el mismo Chávez diseñó a su antojo. Su realización será el momento de las reagrupaciones, de las inclusiones, de decir que quien no está en favor es bienvenido a integrarse a la aplastante mayoría de la nación que ya está en contra de la irracionalidad, de la violencia y del dislate. La aplastante mayoría que sabe que no hay ninguna posibilidad de empezar a construir la salida de la crisis mientras la locura neroniana siga en el poder.

Nos hemos reunido para estas sesiones de la Cátedra Uslar Pietri, porque,

en teoría, febrero es el mes en el cual los voceros gubernamentales dicen menos tonterías. ¿Por qué? -Por la evidente razón de que tiene menos días.

Ante la larga tormenta que destroza al país la pregunta habitual suele ser la siguiente: ¿Cómo saldremos de esto? ¿Cómo superaremos esta crisis? Debo decir que personalmente no lo sé. Coincido en el qué necesario con Antonio Sánchez García, quien, en una de sus lúcidas Crónicas Mercurianas, planteaba tres objetivos concatenados: 1. Salir de Chávez; 2. Salir del chavismo; y 3. Trabajar unitariamente en la regeneración institucional de la República.

**Si el qué está, pues, claro, a mi entender, no lo está tanto, todavía, el cómo.**

Todos tenemos el buen deseo de la realización exitosa del Referendum Revocatorio (RR) ¿Podrá ese buen deseo sortear todos los obstáculos de la mala intención oficialista? Dependerá en gran parte de la decisión de quienes aspiramos a vivir en una República de verdad y no en un chiquero. Dependerá que entendamos y proyectemos (con grandeza, silenciando los individualismos y los intereses subalternos y parcelarios), en el seno de la sociedad política y de la sociedad civil, el sentido cabal, coyuntural e histórico, de la palabra unidad.

En medio de la crisis política actual, pues, la lucha por salir honorablemente de ella continúa. No es momento de apaciguamientos. "El apaciguamiento #8213; recuerda Dick Morris en Juegos de poder #8213; no brinda una opción entre la paz y la guerra, sino sólo entre luchar y rendirse". Y la palabra rendición no existe en nuestro diccionario. Riesgos no faltan ni faltarán. Ellos no pueden mellar el ánimo, sino fortalecerlo. Alexander Hamilton advirtió que una nación que prefiere la deshonra al peligro está preparada para tener un amo y se lo merece. Con los testimonios ya dados por la sociedad civil y la nueva juventud venezolana no parece ser esa, en la actualidad, gracias a Dios, la situación de nuestra patria.

JRI

Caracas, 17 febrero 2004